

UNIDAD CULTURAL HISPANOAMERICANA

Vicente Sierra

Prof. Vicente D. Sierra
In Memoriam

Este primer número de "Signos - Ensayos" incluye un trabajo póstumo del ilustre Profesor Vicente Dionisio Sierra, fundador de la Escuela de Historia y Letras, "Doctor Honoris Causa" de la Universidad del Salvador desde 1962, título que se le otorgó por su meritoria actuación como docente e investigador.

El Profesor Vicente Sierra, ilustre historiador, miembro de honor y ex-presidente de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, trabajó en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, junto al Dr. Emilio Ravignani, al Dr. Diego Luis Molinari y al Dr. Luis María Terres.

Fue discípulo de José Ingenieros, de Juan Más y Pi y del Dr. Rómulo D. Carbia quien lo orientó hacia el cultivo de la ciencia histórica.

Su actuación como docente fue por demás fecunda. Entre sus muchas actividades, que desarrolló con reconocida capacidad pedagógica, fue Profesor de Historia de América en el Colegio del Salvador desde 1946 hasta 1960; Profesor de Introducción a los Estudios Históricos, Historia de América I e Historia Argentina I en la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador, donde se desempeñó desde 1957. Por otra parte, invitado por el Gobierno Español, dictó cursos en 1960 en las Universidades de Madrid, Sevilla y Barcelona.

En reconocimiento a su labor en el campo de la ciencia histórica le fueron otorgados dos distinciones por parte del Gobierno Español: la de "Comendador de la Orden de Isabel la Católica", por su obra: El sentido misional de la conquista de América y la de "Comendador de la Orden de Alfonso el Sabio".

Investigador incansable, se desempeñó como Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y como Vice-Director del Instituto de Historia Argentina y Americana de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador, desde 1970, entre otras actividades. Por otra parte, el Instituto de Cultura Hispánica de Buenos Aires lo contó entre sus miembros honorarios. Participó, además, en numerosos congresos nacionales e internacionales relacionados con el quehacer histórico.

Entre sus muchas virtudes, se destacó especialmente la de fecundo escritor y, en este sentido, supo dar aportes invalorable al campo de la ciencia histórica. Sólo mencionaremos algunas de sus recordadas obras: El sentido misional de la conquista de América (1950); Así se hizo América —premio "Reyes Católicos"— el mejor trabajo sobre la obra de España en América durante el siglo XVI— (1955); Historia de la Argentina, obra en once tomos, de los que ya aparecieron ocho que abarcan la historia argentina desde 1492 hasta 1890 y están por aparecer los restantes, que cubren los períodos desde 1890 hasta 1930; Américo Vesputi, un enigma histórico (1968).

Cociente cuidadoso de su labor, investigador infatigable y dotado escritor, la figura del profesor Vicente Sierra se nos impone como un ejemplo fundamental no sólo en el orden de los estudios históricos, sino por su capacidad para forjar discípulos creadores, herederos de su trayectoria.

Los hombres de hoy viven una etapa dentro de la historia; ésta, a su vez, ha impreso un ritmo tan veloz a su desarrollo que apenas nos damos cuenta del presente cuando ya es pasado.

Todas las características de la hora actual coinciden en demostrar que nos encontramos en un momento inestable, característica en que las áreas señalan la ley-muerte de algo que fue y el amanecer de algo que debiera ser. El signo de la hora es, pues, la inestabilidad.

Puede advertirse que, en ninguno de los muchos momentos semejantes recogidos por la historia, la ruptura entre un pasado estimado muerto y un futuro desconocido pero promisorio ha sido absoluta y tajante. Por esta razón son caprichosas las divisiones con que, desde el Siglo XVIII, se ha fracturado el proceso histórico con denominaciones antojadizas como "Edad Media", "Renacimiento", "Edad Moderna", "Edad Contemporánea", etc. Si bien estas denominaciones pueden ser útiles a ciertas finalidades didácticas, carecen de todo valor científico. Lo que se quiso demostrar con ello fue la existencia de un progresismo en virtud del cual, el hombre iba a lograr dar pasos cada vez más firmes hacia un mundo mejor.

En la hora actual, para sostener tal desvarío se necesita una tremenda dosis de buena fe, o la dulce ingenuidad con que los periodistas se desviven en demostrar que vivimos en la era cósmica, que nadie sabe en qué consiste, como no sea el que lo cósmico se trueque en atómico y a fuerza de megatones suene la hora del Juicio Final.

Lo histórico, o sea, ese "algo" que los historiadores procuramos conocer con nuestros desvelos, es un misterio, porque ningún hecho es histórico por sí mismo y es así como muchas veces tenemos que considerar históricos, hechos ocurridos en el pasado muy remoto, a los que durante centenares de años nadie había considerado tan importantes. Y es que los hechos vividos por el hombre, en la historia, poseen un carácter singular: es su trascendencia, su perennidad.

No son ya. Han dejado de ser. Pero de alguna manera siempre son presente y se nos muestran ávidos de futuro. Es la gran paradoja con que nos asombra el estudio de la historia, realizado con más seriedad y hondura que la requerida para narrar sucesos del pasado, que es a los que muchos consideran que se reduce la labor propia de los historiadores.

El Dr. Angel Castellán, distinguido exponente del saber filosófico argentino, dice que el pasado debe ser considerado en su particular naturaleza de algo que fue, sigue siendo, y seguirá siendo en su presente, en el que inscribe notas peculiares. Y es así, ya que si el pasado fuera realmente pasado, no se lo podría estudiar, porque no existiría. Se lo puede estudiar porque —como acota Xavier Zubiri—, la historia no es más que una revelación de lo que el hombre es ya desde siempre, no como naturaleza, sino como ser estrechamente vinculado a las posibilidades de la existencia con que se ha encontrado, y que es lo que la Historia nos trae a la luz.

Hemos caído en el culto estúpido de las cosas, y lo que es peor, de las cosas relacionadas con la economía, hasta crear la ideología que trata de explicar todo el vivir de los hombres como un problema simplemente económico. Yo creo que cuando el hombre apareció en la tierra lo primero que pensó, que dijo, no fue "¿cómo haré para vivir?" ni tampoco "¿qué hay aquí para comer?". Creo que lo primero que debió decir es "¿cómo es vivir?"; "¿para que voy a seguir viviendo?". Con razón acota el P. Quiles: "La concepción del hombre como ser simplemente relativo, sin ningún punto de apoyo y sin ningún fin y meta de la existen-

cia, destruye el mismo proceso histórico del hombre porque le quita su apoyo, y cuando le concede un sentido, la historia se convierte en una serie, en un desfile irracional y arbitrario de acciones desconectadas entre sí". No hay Historia.

Estas breves consideraciones sobre temas de tanta hondura, tan grávidos de motivos para pensar, tienden, a pesar de su obligado sintetismo, a ofrecer una imagen de nuestra situación ante los interrogantes que abundan en la hora actual. Además, quiero destacar que no nos alarman las promesas de mundos nuevos, como de hombres nuevos, porque lo incluíble serán los hombres tal como vienen siendo desde siempre. No hay peligro de nuevos Adanes, lo que es una garantía de que no habrá nuevas Evas, ¡basta con las que tenemos!

Se habrá de producir un retorno a la fe religiosa con características adecuadas a nuevas posibilidades, como base de la conquista de un equilibrio social, cuyas raíces serán sólidamente afirmadas sobre la tierra adornada con la imaginación, el sentido, la fantasía y el arte de hombres capaces de comprender que lo que somos como tales es historia, o sea, es pasado hecho experiencia, tradición hecha impulso creador, ruta para avanzar y no para retroceder. Este problema plantea la necesidad de un diagnóstico primario elemental, pero frente al cual se puede ofrecer alguna medicamentación efectiva. En tal sentido, nos adelantamos a señalar que el mal de la hora, en su aporte más visible, surge de haber pretendido sustituir al individuo por la masa, a la persona por el hombre, a la capacidad por la habilidad, a la ciencia por la técnica, a las élites por el comité y a la razón por la fuerza —inclusive por la burla—. Consecuencia de suponer que todo es medible, incluso la moral. El hombre ha roto todas las jerarquías; y como sin jerarquías no hay estados posibles, sin Estado no hay sociedad y sin sociedad no hay hombres.

En abril del año 1975, Julián Marías decía: "Creo que en 1976 se va a iniciar una época considerablemente distinta de la que se está terminando. Frente al pensamiento inercial de los que cuentan con las tendencias presentes, y sobre todo aparentes, para seguir, cada vez que se me impone con más fuerza la convicción de que se va a producir un cambio global en el mundo, de tal manera que todo lo que parece actual va a quedar rápidamente anticuado". Fue una verdadera premonición, aunque no nos convenció la tesis en que la apoyara. En historia, no deben dejar de computarse los

cambios generacionales; sobre todo en la era actual, con períodos cada vez más cortos, lo que determina una inestabilidad cada vez más aguda al afán de recobrar sobre el pasado y modificarlo, sobre todo si ese pasado ha perdido su voluntad de permanencia, que es justamente lo que ocurre en la actualidad.

Comprendo que en buena Teología, ningún hombre ha nacido con derecho de gobernar a los demás. Una de las grandes finalidades del filósofo napolitano Juan Bautista Vico fue, a fines del siglo XVII, destacar que Dios no interviene en la historia, que es obra propia del hombre, para lo cual el Supremo Hacedor lo dotó de libre albedrío; para que apoyado en sus facultades de razonamiento encontrara el camino de su salvación. Si así no fuera, si la historia fuera regida por Dios, o por la economía, o por la etnología, o por cualquier otra cosa que tratara de liberarlo de responsabilidad, no habría historia de ninguna clase, ni salvación alguna a conseguir. Con lo que queremos decir que lo que nos pasa a los hombres es sólo y exclusivamente culpa de los hombres.

Todos podemos coincidir en algunos conceptos fundamentales, y uno de ellos, destacado en su hora por Aristóteles, expresa que el hombre es un ser social, es decir, necesita vivir en sociedad para poder desarrollar sus posibilidades. Una sociedad no es un conjunto de seres humanos en que cada uno aprovecha de su libertad sin más freno que su voluntad, pues la sociedad nace, precisamente, cuando un grupo humano fija las normas a las que todos resuelven someterse y entregan las tareas de vigilar su cumplimiento a lo que llamamos el Estado. Esto presupone la ineludible exigencia de que el Estado sea confiado a algunos de los hombres que se han reunido. Si se pudieran conocer "a priori" los alcances de la capacidad de cada ser, de cada uno de ellos, habríamos llegado a la perfección suprema en materia política.

Preguntándose Rousseau cuál podría ser la mejor forma de gobierno, se contestó: "Aquella que gobierne mejor". Y la que para él ofrecía mejores garantías era la forma aristocrática, aunque sorprenda a muchos que suponen haber leído *El Contrato Social*, y no tienen en cuenta que la palabra "aristocracia" tenía entonces el sentido de servidores del pueblo. En realidad, y el hecho se puede comprobar hasta en los más primarios estadios de cultura, el Estado se coloca en manos de quienes se han destacado por sus servicios a la comunidad, mediante una valoración subjetiva de ciertos títulos y obras, confiándolos al guerrero hábil para defender la

comunidad con las armas, o al anciano capaz de utilizar el tesoro de su experiencia. O sea, afirmándose en valores que hoy se denominan elitistas en contraposición a populares, lo que demuestra que, en materia política, el hombre —lejos de avanzar— se ha retrasado. Nada digno de recordar hay, en este sentido, mejor que aquella frase con que la nobleza de Aragón elevaba al trono a sus monarcas: "Nos, que somos igual que Vos y juntos valemos más que Vos, os hacemos Rey, si juráis guardar la Ley, y si no, no". No hay una letra de más; todo es claro y concreto, todo es profundamente democrático, o mejor dicho, todo se ajustaba a la única democracia, aquélla en que los mejores eligen al mejor para gobernar con las leyes fundamentales con que todos concuerdan, considerando la expresión del bien público, razón y esencia de la sociedad.

Pese a todo, pueden los gobernantes caer en afanes de tiranía, y el pensamiento político-religioso de la raza sale a la capa del hecho y a través de dos ilustres teólogos de la Compañía de Jesús —Mariana y Suárez—, se afirma el derecho del regicidio para poner fin a la relación flagrante e intencionada de no guardar la ley. Pero el derecho a terminar con la tiranía no es para armar el brazo asesino de cualquier pelafustán. Porque, aún para la dura tarea de matar, se requería títulos subjetivos semejantes a los necesarios para elegir.

En el pasado de los pueblos del área cultura hispanista, encontramos a los mejores eligiendo al mejor. Así lo comprobamos en la integración de los cabildos, alrededor de los cuales se desenvolvía lo esencial de la vida de los pueblos. Todo ello, con la singularidad de que, simultáneamente, se hacía un culto de la libertad de la persona humana.

La ilustre poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz escribía: "Los primeros que impusieron dominio en el mundo fueron los hechos, pues siendo todos los hombres iguales no hubiera medio que pudiera introducir la desigualdad que vemos, como entre rey y "vasallo, como entre noble y plebeyo . . .". Las jerarquías no surgen de la naturaleza sino de los hechos; o sea, no todos sirven igual para todo, no todos pueden ser y hacer lo mismo. Y así fue como la nobleza, palabra de origen alemán "que tiene un servidor y no un servido", degeneró en un régimen que pasó a ser servido y no servidor, perdiendo su destino social como clase.

Los cambios generacionales determinan el cambio, y la noble-

za debe entregar la tarea de gobernar a una nueva clase: la burguesía, constituida en una nueva élite. La integra un nuevo tipo social —“el burgués”— un hombre que, merced a su habilidad, ha logrado reunir riquezas materiales que le permiten facilitar a la nobleza los medios monetarios que la conducirán a tener que renunciar a su destino clasista. El burgués integra un grupo dotado de ciertos principios morales notorios, espíritu creador, capacidad constructiva, pero tiene poco afecto por los títulos subjetivos; sólo estima los medibles. Y sin quererlo ni buscarlo, cae en el drama de crear una moral para ganar, y no ganar para sostener una moral.

Hasta entonces se podía hablar de la gloria de las naciones; en lo sucesivo se hablará de las riquezas de las naciones. Para que tal cosa ocurra fue menester una revolución de todos los principios: las ideas, los sentidos vitales y fundamentalmente, los religiosos, que abrieron las páginas de la historia a la llamada Edad Moderna, cuya elaboración venía desde el llamado Renacimiento, empeñado en sustituir cuanto no respondiera a una concepción racionalista y materialista de la vida. No es raro, por consiguiente, que con la burguesía surgiera su oponente: el socialismo, el cual llega para plantear el problema del reparto de las riquezas. Y los entonces llamados patrones y los llamados obreros, aparecen como clases gobernantes. El burgués pasará con el tiempo a ser sustituido por el empresario y el obrero por el proletario, pequeño burgués dirigente. El primero, cediendo en posiciones que no le interrumpen su ideal lucrativo y el segundo, buscando que en el reparto le toquen cada vez mayor número de cosas, con lo cual todo contribuye a la aparición de los llamados partidos, a cuya cabeza se coloca el dirigente, es decir, el hombre que aspira a detentar el gobierno en virtud de una profesionalidad que logra prometiendo de nada, algo, y de poco, mucho; usando como testigo a la masa que siendo falsaria de ojos y de entendimiento —como decía Quevedo— “oye lo que no escucha y ve lo que no mira”.

Yo no puedo dejar de advertir un hecho singular en la historia argentina y es que, desde 1810, nuestra historia política se caracteriza por su inestabilidad. No es un problema de hoy, ni de ayer, ni de anteayer, es de la primera hora. El número de tipos de instituciones —de organizaciones políticas que se suceden desde el año 1810 hasta 1830—, revela una inestabilidad extraordinaria, porque frente al problema con que aquellos hombres se encuentran inesperadamente —pues lo que ocurre el 25 de Mayo no responde, en

absoluto, a ningún factor interno, sino a factores externos—, se encuentran de pronto con un panorama en que lo primero que tienen que resolver es el problema del poder; no es un problema de Estado ni político, es simplemente el problema del poder. Circunstancias especiales han colocado a un grupo de gente que no representa sino a una ciudad en la terrible responsabilidad de afrontar y tomar sobre sí lo que significa gobernar el Virreynato del Río de la Plata. De inmediato también se escuchan las censuras en el propio sistema, porque es tan importante la gestión de poder que lo primero que se contesta es: “Yo no tengo porqué obedecer a la Junta de Mayo” —, lo dice Montevideo y enseguida, Paraguay. Hay inquietudes en Córdoba, hay inquietudes en el Alto Perú. No se tiene mayor información; el conocimiento de los hechos es muy precario. Hay intereses en juego. Hay algo nuevo, porque la formación del Río de la Plata aparece como algo nuevo en la historia de América. Y con la formación de este Virreynato coincide el surgimiento del funcionario de carrera, el burócrata. Ah... ¡El burócrata! En una embajada hay una bandera; una revolución dramática determina un cambio en ese país que también importa un cambio de bandera, y el mismo funcionario que una hora antes levantaba la bandera vieja, ahora levanta la nueva. Porque para un burócrata es importante conservar el puesto, su estabilidad, su carrera, su oficio, su profesión...

El liderazgo ya no es la nueva organización, porque el liderazgo significa la introducción de una nueva organización, en la cual, aunque no se diga con toda claridad, porque nunca se dijo con toda claridad, ya no somos dependencia de los Reyes de Castilla, sino, provincias ultramarinas de España. Hasta ese momento nos defendíamos de España; que se gobernaba con un Consejo Real de Castilla, y América se gobernaba con un Consejo Real de las Indias. Eran dos Consejos de un mismo rey. En algún momento, ese mismo rey, podía, por razones de herencia, ser —como fue Felipe II— simultáneamente rey de Portugal y de España. Y acá peleábamos contra Portugal en la Colonia del Sacramento. Les íbamos a pelear a todos. O sea, hay un cambio. Y la Junta tiene que apagar ese peligro burocrático que consiste, simplemente, en que esa burocracia pueda aceptar gobernar con José Bonaparte. Porque la alta nobleza española ha dicho también: “Siempre hijos de Bonaparte, pues sigamos con José Bonaparte”. No era un peligro falso, no era una equivocación. Era una realidad.

Esos períodos fueron de inestabilidad absoluta. Fueron veinte años en que se ensayaron todas las formas habidas y por haber; no se sabe para qué, porque realmente no hubo ninguna posición. La mayoría era monarquista, pero sin monarca para elegir. La monarquía es un régimen que tiene sus exigencias legales: la legitimidad. Algunos países tienen sobre eso una manga más ancha que los otros; los ingleses se pudieron dar un rey que ni siquiera hablaba una palabra de inglés, sino que hablaba todo en alemán, porque el alemán es más cristiano. De ahí nació el Parlamentarismo . . . , no el Parlamentarismo, sino el dominio de los ministros que no podían hablar con el rey simplemente porque no se entendían. Pero para nosotros, si nos hubieran traído a un inglés o a un francés que hablara en "champurrias", evidentemente no hubiera cuajado.

Pero nadie pensaba en la República; era una mala palabra, ya que la única república conocida era la francesa. Y ésta, como ejemplo, era muy buena para asustar a los chicos que no querían ir a la cama o no querían tomar la sopa, pero como régimen para imitarlo no tenía nada de ideal. ¿Qué períodos hemos tenido tranquilos? Tranquilos en el buen sentido, ya que un pueblo tranquilo puede ser un pueblo muerto. Me refiero más bien a una estabilidad. La estabilidad en la Argentina comienza en el año 20 y llega hasta el . . . 90. ¿Y a qué llegamos? ¡Dictadura o fraude electoral! ¡No hay nada más que hacer! O de Rosas, o bien de Sarmiento, Alberdi o Roca, en que todas las leyes se basaban en la opinión popular; ¡como si el pueblo pudiera tener opinión! . . . La opinión la tienen los hombres, cada uno de Uds. puede tener opinión.

Pero, ¿qué ocurre? . Ocurre lo que todos sabemos, lo que ocurre en Europa, ocurre entre nosotros —pero entre nosotros es que resolvemos hacernos liberales—. Nos hicimos liberales antes de ser burgueses, e importamos socialismo antes de tener proletarios. Consideramos que para asegurar la independencia política tendríamos que prescindir de nuestra genealogía, por consiguiente, de nuestra cultura, de nuestras raíces, de nuestra razón de ser como pueblo. Quisimos terminar con los tradicionalismos y nos dimos la mejor ley electoral del mundo, y desde que entró a funcionar, sólo cuatro electos para presidir el gobierno del país lograron hacerlo cubriendo la totalidad del período constitucional. Pero, dos de éstos, que fueron reelectos, no pudieron terminar el nuevo período. Al lanzar esta ley su autor dijo: "Quiera el Pueblo votar". Fue un error. Debíó decir "Sepa el Pueblo votar".

¿Quién ha fracasado? No busquemos tapar el sol con un agujero. Fracasó la enseñanza, que no ha sabido formar una conciencia nacional, porque hizo de la enseñanza de la historia —que debe ser una cosa viva— algo muerto que debe aprenderse de memoria, a través de textos sin sensibilidad, sin trascendencia y sin horizontes. Fracasó un régimen de vida que sólo apuntó al derroche porque fue regido por la envidia que dejó de lado todas las reglas morales, con tal que tener algo más que el vecino de al lado. Fracasó un sistema político absurdo; fracasó el régimen de los partidos; fracasaron el liberalismo y el estatismo. La burguesía quedó adormecida y el proletariado manejado por un dirigismo ávido de beneficios personales. Fracasaron los dirigentes y fracasó, inclusive, el pueblo. Y una vez más, como en ocasiones anteriores, nunca tan graves, miramos hacia los cuarteles para que de ellos viniera quien nos librara del caos hacia donde corríamos imprevisiblemente.

La apelación a los cuarteles no fue siempre —no fue nunca— un remedio curativo; pero fue un “calmante beneficioso” y, sobre todo, una experiencia que los militares necesitaban, pues en todos los casos fueron literalmente obligados a actuar sin haberse preparado para hacerlo. Con diferencias, más de detalles que de fondo, el hecho se fue repitiendo en todo el continente y en este momento, ocho de los diez estados nacionales del continente están en manos de militares. Hecho impuesto en todos ellos por realidades históricas incuestionables y más o menos semejantes en lo esencial.

La Historia es experiencia pura y quien no la comprende, no advertirá la trascendencia de estos hechos que señalan la carencia de grupos sociales con derecho a gobernar.

Un avezado analista político norteamericano, James Burham, a quien esta realidad no le pasó por alto, dice: “El ejército se convertirá, sin duda, en una vasta arena, donde se definirán las luchas de los ambiciosos y de los poderosos. De sus filas saldrán una parte considerable de la clase gobernante del futuro y ejercerá una gran influencia, quizás una influencia decisiva, en el equilibrio social”. Al haber dicho esto se refería, no a nosotros, sino a su país, los E.E.U.U. No erraba al decir todo esto. En estos días ha bastado que un coronel dijera alguna inconveniencia para que toda Norteamérica, oficial y no oficial, advirtiera que también en ella una opinión militar cuenta políticamente; y cómo no contar cuando es notorio que los más capaces, dedicados a sus esfuerzos materiales,

dejen de lado cumplir con los deberes de sostener con eficiencia el sistema en el que apoyan sus derechos.

La semana pasada, el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, en una reunión de empresarios, dijo: "Ustedes, en general, son hombres de éxito, emprendedores, que han sabido imponer sus productos, que han generado fuentes de trabajo, que perfeccionan a diario el sistema productivo, que proveen divisas, que concentran una parte importante del poder económico, por eso es más inexplorable que no ocupen con todo su poder el puesto de lucha que les corresponde en el terreno de la ideología y libertad de prensa del sistema". Dicho lo cual, preguntó: "¿Cuántas horas de trabajo dedican a defender nuestro estilo de vida, o más aún, para pasar a la ofensiva?" No hubo respuesta. Y no podía haberla, porque el mundo del empresario nace y muere en la empresa, por cuanto pierde el valor político como clase.

Ese equilibrio que la sociedad reclama no tiene hoy otra perspectiva que la señalada por Burham, porque las Fuerzas Armadas, en todos los grados, desde el Comandante en Jefe hasta el último soldado, tienen un mismo origen: la comunidad representada por hombres de todas las clases sociales; y por su estructura jerárquica constituye una clase que, además —y esto es fundamental— se apoya en algunas premisas fundamentales tradicionales que constituyen valores jerárquicos que integran expresiones esenciales de tipo cultural; por ejemplo, los valores espirituales heredados, no como afán de retorno sino como afirmación del futuro, apoyados en el ideario de sus máximos capitanes que lucharon por terminar con un sistema político, pero no con un sistema de vida.

Frente a todo esto se impone enfrentar con fe, amor y convicción la tarea, para mí fundamental, que es la de crear una conciencia nacional; tarea cuyo liderazgo tiene que ser ejercido por nuestra Argentina. La debilidad de nuestra historia y la de América es su desunión, y ésta es la conciencia de una carencia, además, de una carencia histórica hecha a base de anécdotas o de hechos sin ninguna trascendencia formativa. Basta revisar la literatura didáctica en uso para advertir que en todas ellas falta lo realmente histórico para lograr una conciencia nacional. De ahí que las consignas sanmartinianas y bolivarianas fueran señalar la necesidad de afirmar la unidad continental, no como un menester político ni como operación comercial, sino como acto de fe impuesto por la conciencia imperiosa de nuestro destino en la contienda continental forjada

por la conjunción de la Cruz y la Espada, custodia de los valores culturales que tal empresa comporta.

Cualquiera sea el grupo social que mañana se sienta con títulos legítimos para gobernar, cualquiera sea el régimen institucional que se adopte, si no se comprende que el empeño tiene que reducirse a recuperar la obra que España no pudo terminar, y terminarla nosotros: argentinos, chilenos, peruanos, colombianos, venezolanos, etc., cada cual dentro de su propio predio y todos en los de los demás; la periodicidad en los fracasos hará de América la más alta expresión del corso y el ricorso señalados por Vico, sin llegar nunca a un destino. Para realizarlo es preciso recurrir tanto a la fantasía como a la contabilidad; más a la fantasía que a la contabilidad; a la poesía más que a los saldos de la balanza comercial, comprendiendo que aún los beneficios materiales que son respetables, vendrán con mayor generosidad por amor que por cálculo. Ganaremos más dando como fueron dando San Martín y Bolívar. No es tarea fácil, pero tampoco difícil. Es lenta pero grata. Quizás con la Iglesia y la Universidad y con ésta, las escuelas y los colegios, el triunfo estará de nuestro lado. Las Universidades Privadas Americanas, sobre todo, deben comenzar la tarea moviendo los grandes motivos culturales de unidad, antes de que los lunfardismos de la incultura nos separen por el idioma dentro de nuestro propio país.

El viraje al pasado con sentido científico y no por razones de proselitismo político, fomentando los intercambios de hombres e ideas, de intelectuales y profesores, elevando los valores de nuestras representaciones culturales para que sean menos diplomáticas y más cultas; fomentar el intercambio bibliográfico, es decir, realizar la labor paciente de unir grano a grano, para que en el futuro se pueda afirmar el ideal de San Martín y Bolívar sobre un sólido basamento espiritual que tenga como enseña la convicción de que en la vida de los pueblos, todo lo que no es tradición es frágil y que el plagio no es materia apropiada para construcciones trascendentales.

Lo hispanoamericano es algo de la más grande empresa de transculturación que registra la historia de los hombres; continuarla hasta sus últimos fines dentro de nuestro predio, es nuestro destino. Cumplamos con él. No dejemos a nuestros descendientes la tarea de llorar por lo que nosotros no supimos realizar.